

ANDRES GOTOR DE ASTORZA

EL INFIERNO DE
UN LUGAR QUE
SE LLAMA
“PARAÍSO”

www.agotordastorza.com

II

A la mañana siguiente no ocurrió nada. Dormí hasta altas horas y luego dejé que pasaran muertas mientras me decidía a despertarme. Tampoco tenía nada que hacer salvo comer, beber y dormir; pero ni tan siquiera podía decirse que fueran tres cosas que hiciese del todo bien, al fin y al cabo, el resto del mundo se esforzaba más que yo en ello. Y es que, apenas me quedaba media barra de pan duro que había dividido en muescas, con el propósito de no excederme en las comidas que me pudieran quedar. La cama tenía unas tablillas sueltas por donde el colchón cedía, y la almohada desprendía un intenso olor a rancio. Además, el alcohol que compraba era el más barato, y su calidad provocaba fuertes resacas que sólo conseguía paliar con más alcohol. Era inevitable.

Aquella mañana necesitaba más. Abrí el cajón de las urgencias y saqué el último billete con la idea de emprender uno de mis habituales viajes a la tienda de ultramarinos. Compraría algo de bebida y regresaría rápidamente a l'Aveyron para empinar el codo en condiciones.

L'Aveyron era la pequeña pensión en la que me hospedaba. Era sucia y maloliente, y encerraba una mezcla de olor a cañería y tabaco. Probablemente incluso por cubrir lo primero, había que dar las gracias a los árabes que fumaban en los rellanos. El

mármol del suelo lo cubría una fina capa de polvo, tierra y ceniza, acompañado de colillas y alguna que otra cucaracha. Lo peor, quizás, por el frío, era el invierno, pero en verano atrapaba el calor como ningún invernadero, y el sudor pegajoso era algo a lo que, tarde o temprano, tenías que acabar acostumbrándote.

Este idílico lugar en medio de la nada estaba a cargo de la señora Mermet, una antipática y solitaria mujer, ya algo mayor, de unos sesenta años, a la que debía esquivar cada vez que decidía entrar o salir del edificio y, en aquella ocasión, no iba a ser ni mucho menos una excepción:

- ¿A dónde cree usted que va señor Le Blanc? – inquirió.

La señora Mermet era rolliza como un tonel, con los pómulos sonrosados, las raíces sin teñir y una mala dentadura. Solía enrollarse en una bata rosa deshilachada, con los brazos en cruz y las manos bajo las axilas. Tenía por costumbre pasar las horas recostada en el sofá, en una pequeña sala de estar situada junto al hall, a la que personalmente apodaba “el zulo”. La mayor parte de su tiempo libre lo dedicaba a comer patatas y a beber té, mientras seguía alguna serie policíaca de la que yo ya había observado que emitían capítulos repetidos todas las semanas, aunque a ella, eso, parecía importarle poco o nada.

Por suerte para mí, debido a su complexión y al socavón que había amoldado con el paso del tiempo en su sofá, no conseguía

alcanzarme, y sus amenazas quedaban reducidas a un mero trámite que no me quedaba más remedio que aceptar.

- Buenos días señora Mermet. Tan hermosa como de costumbre – saludé.

Sin detener el paso, continué hacia la puerta. Ella caminó torpemente hasta las escaleras de piedra del portal, se sujetó a la barandilla y, mientras yo comenzaba a alejarme calle arriba, entre los puestos de comida ambulante y el humo de las nueces asadas, gritó:

- ¡Es usted un vago! Debería hacer algo con su vida.

Me repateaba que los demás me dijeran lo que era mejor para mí, quizás porque yo no lo hacía con ellos, y quizás porque ni siquiera entendían la lucha que los alcohólicos y los drogadictos teníamos contra el mundo. No por aquello por lo que éramos, ni por aquello en lo que nos habían convertido, sino por un desprecio innato al sistema o a lo que la vida era capaz de ofrecerte. Nos encontrábamos de repente en una batalla sin armas en la que defendernos parecía la única oportunidad de no perderla demasiado pronto por nuestra propia mano y, para encajar los golpes, el alcohol y las drogas nos revestían de armaduras.

- ¡Señor Le Blanc, me debe tres meses! ¡Es su última oportunidad, se lo advierto! ¡De lo contrario tendrá usted que

hacer sus maletas e irse a dormir a la calle! – añadió antes de regresar a su zulo a proseguir con su estúpida serie.

Era verdad que le debía tres meses, y que tenía una deuda que no podía afrontar, pero no sólo con ella, aunque por suerte Dios me debía unas cuantas. El caso es que, mientras pudiese arañar meses, semanas o días, a aquella situación, no tenía ninguna intención de marcharme de l’Aveyron.

- ¡Ah, sí! Siempre se me olvida. Intentaré pagarle esta semana sin falta, no se preocupe.

Pero, ¿Cómo se me iba a olvidar? La señora Mermet subía a la habitación cada tres días a pedir el alquiler, aunque, gracias al nuevo cerrojo que le había instalado y a la paciencia que había adoptado con el tiempo, tras varios aporreos entre comentarios como “sé que está usted ahí” y “no se haga más el tonto”, le hacía desistir. Pero si bien asumía que esto era tan inevitable como el alcohol, ocurría en la discreción de mi solitario pasillo y, bueno, lo íntimo es algo medianamente aceptable, pero no toleraba que se hiciera público y que, otras personas (convecinos, mujeres guapas e incluso mi madre), llegaran a enterarse. Es extraño, ¿No? La dicotomía entre lo público y lo privado. Porque mientras los demás no lo descubriesen, no me importaba estar haciendo las cosas incorrectamente: llevar una camiseta sudada sin manchas apreciables, robar a unos y otros, visitar burdeles, o

escribir poemas de amor, no era deshonoroso, a menos que lo supiera alguien externo a cualquiera de esos entornos.

- ¡Déjese de tonterías y pague lo que me debe, señor Le Blanc! - protestó de nuevo.

Ante los insistentes comentarios que la señora Mermet comenzaba a lanzar desde la puerta, me di media vuelta, manteniendo las distancias, y le contesté:

- No estaría tan mal. La calle tiene más estrellas que esto a lo que usted llama pensión, señora. Le prometo que le pagaré la semana que viene.

- Eso me dice usted siempre, señor Le Blanc.

- Esta vez se lo digo de verdad. Tengo un negocio entre manos. Me pagarán pronto.

Gruñó. Gruñó porque sabía que le estaba mintiendo, pero era consciente de que no podía hacer nada al respecto salvo sacarme de allí a escobazos o contratar a matones, así que regresó de nuevo a su zulo, no sin antes decir entre dientes que yo, Fabrice Le Blanc, era un holgazán.

Pero bueno, poco importaba todo lo demás mientras el sol brillara como aquel día y, a pesar de que cada día se iba poniendo un rato antes, aún lo hacía lo suficiente como para templarme el cuerpo un poco. El sol, la brisa, te hacían sentir vivo. Salir a la calle me hacía bien. Lo sabía, pero me costaba hacerlo. Había una conexión entre el lugar y el pensamiento. Las ganas de morirme,

por ejemplo, se acentuaban al cerrar la puerta de mi cuarto. La calle, sin embargo, me hacía observar el mundo e incluso sentirme parte de él. Me gustaba, en cierta medida. Pero el instinto era más poderoso que cien mil deseos y, como decía Bukowski, mi ambición estaba limitada por mi propia pereza.

Lo único que necesitaba era una excusa para salir de l'Aveyron y, las mujeres y el alcohol, me lo parecían. De hecho, eran los dos únicos motivos por los que solía hacerlo.

Así que allá iba, con la cabeza bien alta, para que nadie me la pisara, imaginando que los demás se preguntaban por mí, por ese gran escritor, creyendo que en el momento oportuno todos querrían conocer el lugar en el que habría estado. Y pronto descubrirían que había estado cerca, caminando y conviviendo como uno más, y el chino que regentaba la tienda de ultramarinos daría buena cuenta de ello.

A él tampoco se le veía nunca lejos de aquella cárcel en la que se habría hipotecado para siempre. Era el único ser vivo que pasaba más tiempo allí que yo, más incluso que las plantas, aunque prácticamente, el que más pagaba por mantener aquello de los dos era yo. El cabrón vivía de mi renta. Cada dos por tres pasaba por allí a comprarle algo de bebida, y ni siquiera levantaba el cuello cuando entrabas. Era un desgraciado, un desagradecido, pero sabía lo que me gustaba, y no me miraba de forma acusadora, y me hacía sentir más tranquilo.

- Buenas tardes – decía pasando por delante suya.

Pero él se quedaba sumido en la pantalla del televisor, y sólo la movía cuando alguien se aproximaba un poco al mostrador para pagar.

Uno de los motivos por los que no le describo es porque todos los chinos me parecen casi iguales: pelo oscuro, ojos rasgados, piel amarillenta... Lo único bueno que tenía aquel en particular era su tienda. Era más grande de lo habitual y tenía alargados y oscuros pasillos, provisionados de una multitud de hermosas botellas de colores, expuestas por las diferentes gamas de colores del licor que contenían.

A veces paseaba por ellos, y a veces me quedaba un rato observando las herramientas y todo lo relativo al bricolaje, aunque lo cierto es que no tenía idea de montar nada.

Aquel día tenía hambre feroz. El pan duro ya no engañaba a nadie. Me quedé mirando las botellas. Comprobé la cartera y, mierda, no supe qué hacer. Pensé que estaba enfermo. Sabía lo que necesitaba, pero es que yo necesitaba las dos cosas: comer y beber. Necesitaba alcohol. Las tripas rugieron antes de que me decidiera a agarrar la botella más barata por el cuello, y pillara una lata de conservas con una foto de unas apetitosas albóndigas con guisantes. Las puse frente al chino, que agitó la cabeza y miró, señalando el precio en una pequeña pantalla electrónica.

Mientras buscaba en la cartera el billete, entró otro chico y preguntó desde la puerta:

- ¡Ey! ¿Tienes condones?

El chico iba rapado, con una camiseta de algodón sin mangas bajo un chaquetón sucio y desgastado. Andaba mal. Tenía la cara llena de granos y mascaba chicle con la boca abierta. Ni siquiera parecía saber hablar, y pensé: “ese tipo no puede ser mejor que yo”, así que lógicamente debía tener ciertas posibilidades con su chica. La busqué y la distinguí a través del cristal del escaparate. Era joven e intentaba taparse la cara, de aquella forma, para que no la reconocieran. A ella también le daba vergüenza que supieran lo que hacía, o con quién lo hacía, porque consideraba que lo estaba haciendo mal, y me sentí como su alma gemela.

Entonces el chino miró en unos cajones y asintió con la cabeza mientras me entregaba el cambio del billete que le acababa de entregar. El cabrón sabía hacer dos cosas a la vez, pero no podía saludarme cuando entraba, y encima estaba permitiendo que aquel niño se la tirase. En fin, que de repente me vi allí sin ninguna excusa con la que quedarme, ni tampoco ninguna mujer, y salí de allí pensando que yo también merecía algo así, o al menos algo más que volverme con las manos vacías.

Mierda, mierda, mierda. Necesitaba comida y alcohol, y una mujer, o reventarle la cara al muchacho. Me marché con mi bolsa, tratando de desvelar quién era aquella chica, a quien nunca pude

ver. Y regresé a casa tomando el camino más largo, por si la suerte estuviera aquella noche de mi parte.

Pero no iba a salir aquello a pedir de boca, porque ya estaba oscureciendo, y la noche pone en alerta a las mujeres, a pesar de que no hay nada más particular y romántico que el castaño de unos tacones por una calle solitaria. Lo cierto es que suelen evitarlas, y yo sentía vivir entre ellas.

El viento soplabla fuerte y gélido. El mundo parecía haber sido arrastrado hacia sus casas, permitiendo que sólo unas cuantas pasaran por mi lado, pero algunas eran demasiado altas, o mayores, o pequeñas, o poco atractivas, y casi se me quitó del todo ese pensamiento de tener que llevarme a alguna, fuera como fuera. Y regresé cabizbajo por la avenida hasta que observé, a varios metros por delante, a una chica joven que contoneaba sus caderas de una manera explosiva y seductora. Sonido a tacón bajo un ceñido vestido oscuro, moviendo su larga y oscura melena de un lado a otro.

Como quería que se detuviera le silbé, pero pareció pasar de mí. Silbé de nuevo, como un animal en celo. Supe que se había dado por aludida (tal vez hasta entonces no hubiese querido hacerlo) cuando comenzó a acelerar el paso.

- ¡Perdona! - le grité.

Pero continuó sin bajar el ritmo. Yo ya imaginaba que se había asustado y no podía culparla. Por alguna razón los

hombres éramos a menudo más optimistas que las mujeres; mientras nosotros tendíamos a pensar que aquel podría ser nuestro día de suerte, ellas, a menudo, pensaban sólo en violaciones y secuestros. También nos habíamos acostumbrado a abordar a las mujeres cuando más desprotegidas estaban.

Así que pisé fuerte sobre el terreno, simulando apretar a correr para alcanzarla, por saber si estaba asustada, y vi como salió disparada, doblando la esquina, con la zancada corta y el paso inestable por los tacones. Y la dejé marchar. Total, no sería la primera que dejaba que se fuera.

Tomé rumbo fijo a l'Aveyron y conseguí pasar por el hall sin que la señora Mermet me descubriese, pero entonces apareció Galou, un galgo francés muy cariñoso que siempre quería jugar. El principal problema era que, si no le echabas mucha cuenta, empezaba a ladrar y, cuando lo hizo, la señora Mermet se asomó.

- ¡Maldito perro! – pensé.

Galou era propiedad del señor Ainaud, y era todo lo que él tenía desde que había perdido a su mujer. Durante muchos años, había sido el comisario del distrito de la Butte Montmartre, pero se había retirado a raíz de un disparo que le había causado cierta cojera y fuertes dolores en un pie. No hacía mucho que se había traslado a vivir a l'Aveyron, pero era un señor de la cabeza a los pies, y el vecino en el que más hubiese confiado.

- Buenos días – dijo tirando con dos dedos del canto de su sombrero -. Discúlpele, es tan pesado... Venga, vamos a la calle – le dijo al perro, que comenzó a mover el rabo.

Lo que más me gustaba del señor Ainaud, sin duda, es que era elegante, y lo era incluso en la forma de hablar. Tenía la cara alargada, en forma de huevo, con un marcado bigote y el pelo canoso, con la raya a un lado. La señora Mermet le adoraba. Quizás porque era el único de sus huéspedes que le pagaba religiosamente o, quizás, porque, probablemente, hubiera buscado durante muchos años un marido como él.

- ¡Señor Le Blanc, me ha dejado antes con la palabra en la boca! – gritó desde su ventanilla.

Al percatarse de la presencia del señor Ainaud, se enterneció y pidió disculpas la muy bruja:

- No me había dado cuenta de que estaba usted aquí – dijo.

- Esos malditos inmigrantes – contestó Ainaud –, no son trigo limpio, señora Mermet.

- ¿Cómo es eso? – preguntó ella, que parecía no enterarse de nada de lo que le decía.

- Yo ya había observado movimientos, especialmente a altas horas de la noche. Les llevo siguiendo la pista un tiempo y no le va a gustar lo que he descubierto.

- ¿Siguiéndoles la pista? ¿Por qué? ¿Qué han hecho?

- Siempre estoy alerta, pero este no es el lugar, ni quiero inmiscuirme en esto – concluyó, moviendo los bigotes.

- ¡Si le están molestando, es inadmisible! Pero entienda que necesito el dinero. Son malos tiempos y no puedo echarles.

- Usted la única razón por la que aún no he destapado todo este asunto – contestó firmemente.

- Lo solucionaré. Les cambiaré a la habitación que se encuentra junto a la del señor Le Blanc, que está vacía – le prometo que no le volverán a molestar.

Mientras continuaban con su discusión, quedé en un segundo plano y, poco a poco, me fui acercando a la escalera. La madera crujió al apoyar el peso sobre el primer peldaño, pero yo ya estaba en un segundo plano y se habían olvidado de mí. Otra vez invisible para todos, y salvado de nuevo por la campana.

Subí sigilosamente a mi habitación, hendí la llave en la cerradura. Me quité un zapato, luego le otro. El colchón se hundió por la esquina. La habitación empezó a dar vueltas, mientras escuchaba al señor Ainaud instalándose en su nueva habitación, paliando con su perro la pérdida de su mujer, mientras yo me agarraba a la botella a falta de una. Supongo que la cuestión era tener algo a lo que poder agarrarse, porque la vida tenía demasiadas curvas, pero yo ni siquiera las tenía.

Me tumbé en la cama panza arriba y pensé en el chico del ultramarinos. Y me pareció injusto, muy injusto, que un tipo

como él pudiera tener relaciones con una mujer esa noche y que yo estuviera solito en mi cuarto. Después me miré al espejo y me puse enseguida a beber.